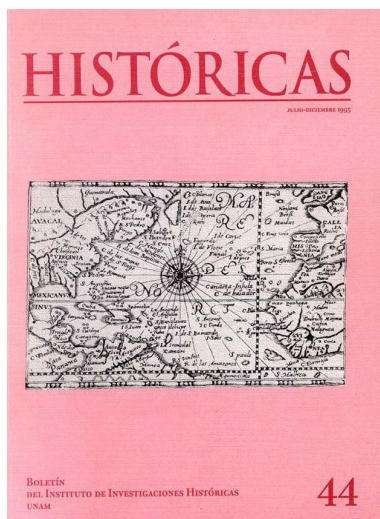




Artículo: Edmundo O'Gorman y la verdad del historiador
Autor(es): Marichal, Juan Augusto
Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM
Número: 44
Año: 1995
ISSN edición impresa: 0187-182X
ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Marichal, Juan Augusto. "Edmundo O'Gorman y la verdad del historiador" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 44 (1995): p. 2 -4. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3856>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México
Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución:
departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Edmundo O'Gorman y la verdad del historiador

El pasado 28 de septiembre falleció el doctor Edmundo O'Gorman (1906-1995), distinguido y querido miembro de nuestro Instituto y de la Universidad Nacional. De reconocida y preciada inteligencia, a lo largo de su vida destinó gran parte de su esfuerzo a la formación de reconocidos historiadores y a la elaboración de numerosos y polémicos escritos, entre los que destacan: Fundamento de la historia de América (1942), Crisis y porvenir de la ciencia histórica (1947), La idea del descubrimiento de América (1951), La invención de América (1958), La supervivencia política novohispana (1969), Meditaciones sobre el criollismo (1970), Cuatro historiadores de Indias (1972) y Destierro de sombras (1986).

Lamentamos su fallecimiento y, a manera de homenaje, Históricas reproduce la nota necrológica de su contemporáneo y colega español, el doctor Juan Marichal, quien dictó por varias décadas cursos de historia y literatura hispanoamericanas en la Universidad de Harvard.

“El valor, esto es, la verdad del trabajo histórico, estará en proporción a la riqueza humana del historiador.” Estas palabras de uno de los más eminentes historiadores franceses de nuestro siglo —Henri Marrou (*Del conocimiento histórico*, 1954)— se aplican a la obra del historiador mexicano recientemente desaparecido, Edmundo O'Gorman. Para mí —llegado al acogedor México de 1941, procedente de la postergada Europa— O'Gorman fue un iluminador descubrimiento, porque escuchaba, en un aula de aquel siempre recordado Mascarones (sede entonces de la joven Facultad de Filosofía y Letras), por vez primera, a un intelectual docente de primera magnitud. Había tenido excelentes profesores de

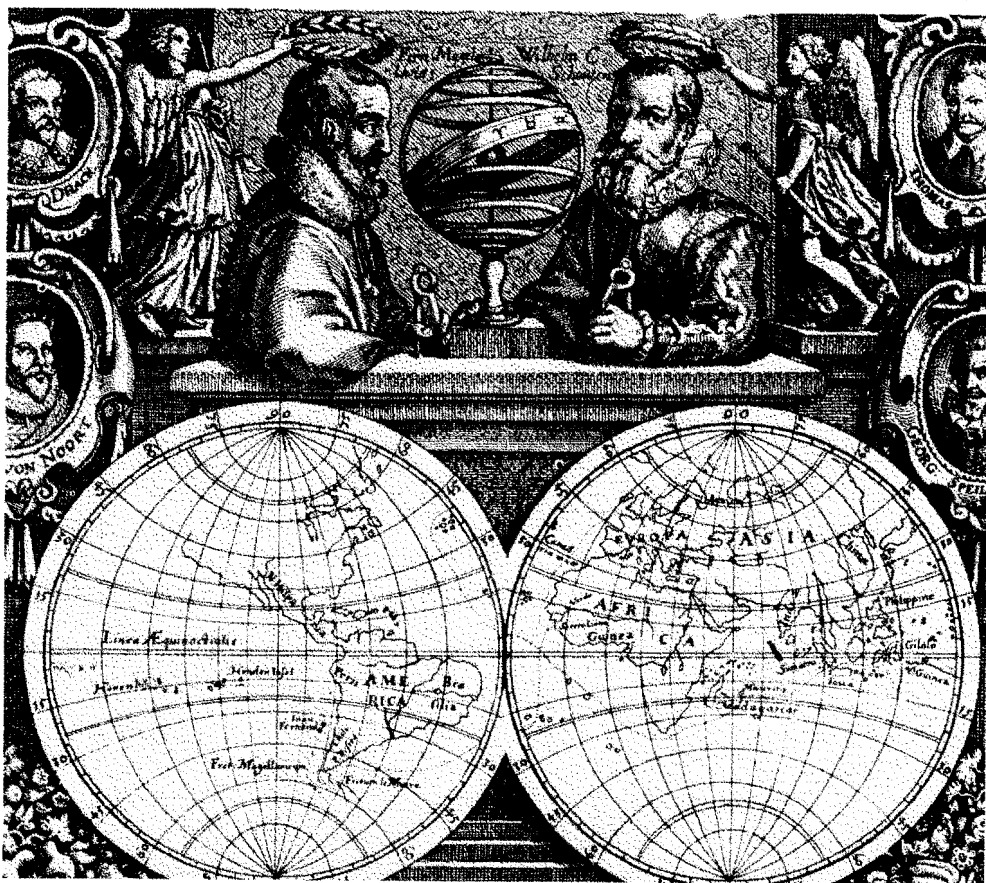
bachillerato en España y en liceos de París y Casablanca, pero a ninguno de ellos podría considerársele como *intelectual*, en su pleno sentido. Ni tampoco, allí mismo, en Mascarones, podía caracterizar como tal a los buenos maestros que habían precedido a la clase de O'Gorman: desempeñaban su oficio docente con rectitud pero, por ello mismo, no cabía en ellos *alterar* vitalmente a sus alumnos. Y esta experiencia gozosamente *heterodoxa* (en términos universitarios) es la que nos estaba reservada a los alumnos de don Edmundo. Consistía, ante todo, en interrogarse sobre la naturaleza de la propia disciplina —la historia de América—, empezando por la misma noción de “América”, lo cual generaba un vasto Amazonas

de conceptos y datos históricos que enriquecían numerosos tributarios: era, en suma, el convivir, durante una hora, con la sustancia, al desnudo, de una intensa autobiografía intelectual. Ya no podríamos, tras aquel primer encuentro con O'Gorman, seguir ninguno de los caminos trillados de la investigación histórica. Y, sobre todo, sabíamos que era imperativo defendernos de las tentaciones de los poderosos e inertes *positivistas*, los gigantes que nuestro quijotesco maestro no cesaría de alancear con alusiones no siempre perdidas. Mi condiscípulo, John Phelan, recién llegado de Harvard —y que sería el autor de muy valiosos estudios dedicados a México, Colombia y las Filipinas en diversas fases hispánicas—, decidió consagrarse a la historia latinoamericana “a la O'Gorman”, alejándose para siempre del tedio universitario norteamericano en ese terreno.

Conviene observar, ahora, que don Edmundo no era, desde luego, un catedrático predicador (como tan numerosos lo son en los países de lengua española), pues en su estilo docente predominaban el humor y el *understatement* británico —cuya aproximada traducción podría ser “atenuación deliberada”— sin olvidar los modos verbales mexicanos de sutil ironía. Como cuando nos aconsejaba que no era legítimo enjuiciar a los muertos “ya que no podían contestarnos”. Ni tampoco descuidaba O'Gorman —¡muy al contrario!— los métodos de investigación rigurosa de las escuelas históricas europeas del llamado “positivismo”: le recuerdo así en el Archivo Histórico (que él dirigía en 1944) atendiendo muy caballerosamente al venerable Herbert Bolton, su rival en una sonada po-

lémica de aquellos días de “buena vecindad” intelectual norteamericana que intentaba englobar a todo el continente americano en un solo mundo histórico. El profesor Bolton (con quien trabajamos en un seminario, organizado por don Edmundo, una media docena de sus alumnos universitarios) no cabía en sí de gozo americanista, pues para él O'Gorman encarnaba la comunidad anglo-hispánica misma de naciones: O'Gorman no obstante su anti-positivismo era un modelo de interlocutor —¡y en un inglés envidiable!—, atento a las razones del colega anciano y seco erudito.

Quiero concluir esta apresurada semblanza de don Edmundo —y no puedo omitir la mención de mi deuda con él, ya que gracias a sus cursos y amistad generosa pude sortear obstáculos diversos que no son del caso ahora— refiriéndome a uno de sus libros que me parecen revelar la sabiduría (en sus dos acepciones principales) de don Edmundo: *Destierro de sombras*, UNAM, 1986. El subtítulo es explícito: “Luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac”. O'Gorman sabe, por supuesto, que está en dominios hartos delicados para un historiador mexicano —cuya lealtad patriota se transparenta en toda su obra—, mas con exquisita prudencia emprende “la navegación entre los escollos y los espejismos del tormentoso piélago historiográfico de ese medular acontecer de la vida espiritual de la nación mexicana”. Y maravilla cómo O'Gorman avanza con una erudición y una maestría en el cotejo de documentos que le envidiarían los autores que él califica de “aparicionistas”; y más aún los historiadores de la cultura del mundo iberoamericano



(en su estricta acepción)! Ahí, en el *Destierro de sombras*, está el O'Gorman de su gloriosa madurez, con la finura intelectual que deslumbró a los estudiantes españoles hace algunos años.

Mas este libro finalmente muestra cómo la riqueza humana de Edmundo O'Gorman es la que da a su dilatada obra el inconfundible tono mexicano de su voz histórica. Así confiesa que "por reverencia a la memoria de mi abuela materna, dechado de fe y devoción guadalupanas me resistía a publicar este trabajo". Añadiendo sin pe-

dantería alguna, "persuadido de que la fortaleza de la fe es invulnerable a los asaltos de la razón", don Edmundo siente serenamente que "nada de cuanto diga puede minar la creencia en la verdad histórica del prodigio del Tepeyac". Estamos, pues, muy lejos de toda arrogancia racionalista, aunque también de quienes (sabiéndolo) viven como sonámbulos. En verdad, Edmundo O'Gorman era, es, un claro maestro de una excepcional lucidez, la de la compasión.

Juan Marichal